

JOSÉ BONAPARTE Y EL PATRIMONIO

ENTRE LA GESTIÓN Y EL EXPOLIO

M^a Dolores Antigüedad del Castillo-Olivares
UNED

El gobierno de José Bonaparte (1768-1844) bajo el nombre de José Napoleón I de 1808 a 1813, hasta su salida de España tras la batalla de Vitoria y el estado de guerra con el que convivió, ha llegado a nosotros reducido a una serie de tópicos que muy bien ha expuesto Ricardo García Cárcel en su clarificador libro *El sueño de la nación indomable*⁶⁴¹. No sólo existían valerosos patriotas que luchaban contra el invasor convertidos en muchos casos en guerrilleros románticos, sino que hubo un rey impuesto que, rodeado de unos pocos fieles, trató de enfrentarse a las circunstancias con una altura de miras que aún hoy, con un punto de vista renovado, produce admiración y una cierta melancolía ante lo que pudo ser y no fue.

La realidad ha hecho que todos estos acontecimientos hayan pasado a la historia como los excesos de los ejércitos napoleónicos en la campaña española. Pero, sin duda, el mito más consolidado es el codificado por D. Benito Pérez Galdós en *El Equipaje del Rey José*, esa imagen del Intruso que ha corrido de boca en boca y que ha pervivido más que los hechos históricos que la generaron. El desarrollo temprano de un nacionalismo a ultranza ha dado lugar la imagen del invasor asociado siempre a los ejércitos franceses, olvidando que también hubo

641. Ricardo García Cárcel, *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la Guerra de la Independencia*. Madrid, Temas de Hoy S-A., 2007. Insiste sobre la idea de que no sólo hubo héroes y villanos, sino muchos otros personajes que trataron de sobrevivir a la conmovición de la invasión.

ejércitos aliados, los ingleses, que actuaron en muchas ocasiones como tropas de ocupación, responsables de saqueos y desmanes. La guerra fue sobre todo dura y cruel para el pueblo que sufrió los abusos de los dos bandos y que también tomó parte activa en el conflicto.



Figura 1. Retrato de José Napoleón I por François Gerard. Museo de Fontainebleau

El conde Miot de Melito, asesor de José Bonaparte desde su estancia italiana, comentó en sus memorias los excesos de las tropas inglesas al mando del general Hill en Salamanca. A sus ojos no podían reprochar nada a los franceses, tradicionalmente responsables de este tipo de hechos, como se había tenido ocasión de ver en Burgos, Córdoba, Málaga, etc.⁶⁴² Melito comienza el tomo tercero de sus memorias diciendo que para comprender las causas de la guerra de España había que remontarse a la época de la paz de Tilsit (7 de julio de 1807). Afirmaba Miot que existían artículos secretos en el tratado y que en el artículo 2 se decía que la Casa de Borbón en España y la Casa de Braganza en Portugal dejarían de reinar para dejar sus coronas a los príncipes de la familia Bonaparte. Fueran

642. *Mémoires du Comte Miot de Melito*, París, Michel Lévy Frères, 1858, Ed. De Wilhelm August Fleischmann, Tomo III, p. 251.

unos u otros los motivos que desencadenaron la guerra, lo cierto es que el territorio español se convirtió en campo de batalla donde el poder napoleónico fue puesto en entredicho y donde comenzó su declive.

El 6 de junio de 1808, un decreto imperial nombraba a José Bonaparte, rey de España y de las Indias con el compromiso de preservar la independencia del país. El estado de guerra se generalizó y desde Castilla, por donde discurrían las vías de comunicación con Francia, llegó hasta Andalucía. En la mente de Napoleón estaba la “conquista” de todo el territorio español y sobre todo entrar en Andalucía, tierra rica y llena de leyenda para los europeos. La presencia de José, su hermano mayor, como monarca no supuso en ningún momento un obstáculo para la ocupación y en ocasiones, el emperador no tuvo inconveniente en no respaldar su gestión.

1. Patrimonio y expolio

En paralelo al establecimiento del gobierno bonapartista hay que consignar un importante peligro para el patrimonio de nuestro país y es el derivado del mismo conflicto bélico, esa guerra declarada contra Napoleón que comienza en la primavera de 1808. Aunque los franceses estaban en España como aliados desde 1807, la abdicación de Carlos IV en su hijo Fernando, más la cesión del trono de España por parte de Fernando VII en quien Napoleón designara, precipitó los acontecimientos.

Pero en este escenario de confrontación el gobierno de José I comenzó a diseñar un nuevo marco para la existencia de nuestro patrimonio. Los monumentos de las artes, las colecciones artísticas, ya fueran del rey, de la Iglesia o de la nobleza, habían pervivido desde siglos sin aparentes contratiempos. Hasta entonces la Academia de Nobles Artes de San Fernando, que había fundado el rey Fernando VI el 13 de junio de 1752, había sido la encargada del control de las artes y de la protección del patrimonio, una orientación que proporcionaba el Rey, su protector, quien pretendía el enaltecimiento de la Corona a través de su política artística.

Las obras de arte se hallaban en los ámbitos para los que habían sido creadas; el conflicto bélico trastocó su existencia y expuso al patrimonio a peligros hasta entonces desconocidos. El equilibrio existente desapareció y los bienes artísticos se convirtieron en trofeo bélico o en objetos de colección. Las nuevas colecciones europeas se enriquecerán con los botines del conflicto, no sólo sacados de España, sino también de Italia o los Países Bajos. Los poderosos no dudaron en adquirir en el comercio piezas sobradamente conocidas por los expertos como pertenecientes a colecciones expoliadas.

La Academia de Bellas Artes de San Fernando conserva un informe fechado el 24 de noviembre de 1890 en el que D. Pedro de Madrazo, director en esos momentos

de la institución, responde en nombre de la Academia al Director General de Instrucción Pública sobre la reclamación que la Hermandad de la Santa Caridad de Sevilla hacía referente a la custodia de los cuadros de Murillo que el Hospital había perdido durante la Guerra de la Independencia y que se hallaban depositados en la Academia. Madrazo relata cómo los cuadros del Hospital de la Caridad no fueron presa del ejército francés que tomó posesión de Sevilla, sino que la expoliación de las catedrales, conventos y casas religiosas durante la Guerra no fue resultado del saqueo, sino efecto de un plan fríamente combinado como provechosa reforma económica y supresión de las órdenes religiosas⁶⁴³. Aún a finales del siglo XIX los intentos por recuperar lo perdido estaban presentes, aunque el documento arroje luz sobre los verdaderos motivos de este expolio.

La realidad es que José Napoleón I, el llamado Rey Intruso, se enfrentó desde el comienzo de su reinado a una difícil situación económica, en parte debida al permanente estado de guerra. La necesidad de mantener el ejército y la asunción de la Deuda Pública del régimen anterior por la nueva dinastía por él encarnada, imposibilitaron durante estos años la salida de tal estado de ruina económica. Para tratar de paliar esta situación se arbitraron una serie de medidas desamortizadoras que se centraron casi exclusivamente, en la enajenación de los bienes de las órdenes religiosas con el pretexto de que no veían con buenos ojos el nuevo estado de cosas. Tales medidas seguían la orientación de los principios del estado liberal que la Revolución Francesa había puesto en marcha y que muy tímidamente se habían iniciado durante el reinado de Carlos IV. Su valido, Manuel Godoy, había dispuesto la enajenación de los bienes de las instituciones benéficas y obras pías, tales como hospitales, hospicios, casas de misericordia y cofradías, y la aplicación de sus propiedades a la nación con objeto de sanear la deuda pública.

Por medio de un real decreto de José I, el 18 de julio de 1809 se suprimieron todas las Órdenes Regulares, Monacales, Mendicantes y Clericales, además de suprimirse también las Órdenes religioso-militares de Santiago, Montesa, Alcántara, Calatrava y San Juan. Posteriormente, decretos sucesivos fueron suprimiendo algunas comunidades de monjas; si bien con éstas la medida no fue total, como en el caso de los religiosos. Entre los bienes enajenados a la Iglesia estaban las colecciones de cuadros, esculturas, alhajas, bibliotecas y por supuesto edificios de notable interés artístico que se convirtieron en Bienes Nacionales⁶⁴⁴.

643. Archivo Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (ARASF), Legajo 1-34/3, Informe dado por la Academia sobre la reclamación hecha por la Hermandad de la Santa Caridad de Sevilla sobre los cuadros llevados a París (Santa Isabel de Hungría y otras), 1890.

644. Los efectos de las medidas desamortizadoras josefinas fueron el objeto de mi trabajo *El patrimonio artístico de Madrid durante el Gobierno Intruso*, Madrid, UNED, 1999.

Los objetos de culto de metales preciosos se distribuyeron entre las iglesias necesitadas, o bien se emplearon para mejorar la Hacienda, muy escasa de efectivos. Los cuadros, esculturas y libros fueron cuidadosamente inventariados, en ocasiones por expertos funcionarios y se reunieron en depósitos creados de manera apresurada para este fin en los conventos abandonados. Por lo general se eligieron los locales con más capacidad, que aún con pocos medios, pudieran servir para conservar y clasificar lo recolectado.

Estas medidas desamortizadoras van a suponer la puesta en circulación de numerosas obras de arte y la venta de terrenos y edificios de las órdenes religiosas, alterándose por tanto, la situación de su patrimonio. La suerte de estas piezas es variada pero, sobre todo, supone la ruptura de las colecciones del clero y el comienzo de la pérdida de obras de arte en España, que no cesa a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX. Las medidas que volvieron a ensayarse con mayor o menor intensidad en los debates para la Constitución de Cádiz, más tarde durante el Trienio Constitucional (1820-1823), y de forma definitiva con las medidas puestas en marcha desde 1835 por Álvarez Méndez, Mendizábal, mostraron los escasos e ineficaces medios que existían para la gestión de estos bienes, lo que unido a los intereses de unos y de otros, permitieron expolios que han dado lugar a pérdidas irreparables en nuestro patrimonio⁶⁴⁵.

Hay que poner de manifiesto que los ejércitos franceses actuaron como verdaderas fuerzas de ocupación y que llevaron a cabo operaciones de auténtico expolio. En un primer momento eran tropas veteranas que no siempre estaban bien pertrechadas, ni pagadas puntualmente, lo que hizo que actuaran sobre el territorio como auténticos saqueadores, obligados a vivir sobre el terreno. La defensa de los naturales solía saldarse con terribles represalias que daban paso al allanamiento de viviendas, iglesias y monasterios. Esta va a ser la actitud del ejército napoleónico vencedor en muchas campañas por Europa. España se convertirá en su última etapa antes de la caída de Napoleón. Los generales del Imperio se habían labrado un patrimonio en la guerra y actuaciones como las que llevaron a cabo en España no eran una novedad.

Las tropas angloespañolas, las partidas de guerrilleros y todo individuo que participó en la contienda utilizaron los bienes artísticos como moneda de cambio. Joyas, ornamentos litúrgicos de materiales preciosos y todo tipo de objetos valiosos sirvieron para cobrar contribuciones a los pueblos y a las comunidades religiosas. Todos estos hechos dieron lugar a episodios de ocultación de objetos

645. No es posible referirse a estos temas sin tener en cuenta el ya tradicional texto de Francisco Tomás y Valiente, *El marco político de la desamortización en España*, Barcelona, Ariel, 3ª Ed. 1977. El autor analiza los distintos y, sin embargo, continuistas debates que sobre el particular se producen.

preciosos que en algunas ocasiones, nadie se preocupó de recuperar⁶⁴⁶. Pero además de la picaresca y el pillaje, lo cierto es que muchos de los edificios religiosos fueron arrasados o sirvieron para alojar a las tropas con lo que su estado se degradó con rapidez. Del vandalismo no estuvieron exentos lugares tan significados como las Huelgas de Burgos, la Cartuja de Miraflores⁶⁴⁷ o el mismo monasterio de El Escorial.

El 9 de septiembre de 1808 el rey José estaba en Burgos y de allí pasó a Miranda de Ebro donde estableció su cuartel general. La llegada de Napoleón para reforzar la situación de su hermano en el trono puede decirse que fue el momento de mayor violencia sobre las poblaciones. Burgos fue saqueada, lo mismo que Lerma o Medina de Ríoseco donde fueron destrozadas las imágenes de las iglesias y dispersados los ornamentos religiosos y fueron robados los cálices y custodias de metales preciosos. Otras poblaciones como Palencia, Logroño y Zaragoza, que soportó dos asedios, sufrieron saqueos en uno u otro momento.

Un ejemplo mil veces citado por lo que tiene de modelo de comportamiento fue Córdoba. La ciudad andaluza sufrió el ataque de las tropas al mando del general Pierre Dupont el 7 de junio de 1808. Parece que un conato de resistencia de la población abrió las puertas a la destrucción y el pillaje generalizado, llevado a cabo con la aquiescencia de los generales Laplanne y Chabert. El asunto hubiera sido un episodio más de la guerra, si no fuera porque Dupont es derrotado en Bailén el 22 de julio. Uno de los puntos más debatidos en las capitulaciones ante el general Castaños, era la posibilidad de que los oficiales pudieran regresar cada uno a Francia con un carro cargado con su equipaje: el botín de Córdoba. Lo cierto es que el ejército tuvo que moverse seguido por un convoy de más de 500 carros que entorpeció la marcha de las tropas y les restó facilidad de movimientos y contribuyó a su derrota en Bailén. Napoleón le mandó encarcelar aunque Dupont parece que se llevó de Córdoba piezas de arte clásico y musulmán y bastante orfebrería; no se le conocieron pinturas que pudieran proceder de España⁶⁴⁸. Una vez más, Miot de Melito, quien había lamentado el pillaje y la destrucción en ciudades castellanas, dice que en Córdoba, Laplanne y Dupont, robaron caudales no sólo de particulares, sino también procedentes de la

646. En el Archivo General de Simancas, Sección Gracia y Justicia, legajos 1247 y 1248 hay muchos expedientes de parroquias con oficios dirigidos al Colector General de Conventos en los que solicitan ornamentos religiosos procedentes de conventos suprimidos, ya que han perdido los propios. La respuesta suele ser en casi todos los casos que saquen de sus escondites lo que dicen han perdido a causa de la guerra.

647. Anselmo Salvá, *Burgos en la Guerra de la Independencia*, Burgos, Imprenta de Marcelino Miguel, 1913, pp. 98-99.

648. Véronique Gerard Powell, "Les Collections des officiers de l'armée impériale pendant la campagne d'Espagne: Un butin très varié". *Collections et Marché de l'Art en France 1789-1848*, Rennes, Ed. Presses Universitaires de Rennes, 2005, p. 305.

caja de consolidación y que los sucesos de Córdoba eran tanto un error militar como un error político⁶⁴⁹.

En un folletito publicado en 1808 en España, después de la entrada de los franceses, titulado *Cartas a Alfredo*⁶⁵⁰ se advierte de los peligros que se ciernen sobre las riquezas del país, y se pone como ejemplo los robos ejecutados por las tropas en iglesias de los Países Bajos, el saqueo de las quintas de Venecia y de otras ciudades italianas ocupadas en las campañas de Napoleón, que afectaron incluso a la misma ciudad de Roma y a las propiedades del Papa.

Aunque el folleto puede ser una muestra de la propaganda inglesa en contra de Napoleón, uno de los datos que más nos interesa es la afirmación de que una serie de marchantes y corredores sigue al ejército y compra los despojos de las casas, hecho que no podemos ignorar que sucedió en España.

El interés de los marchantes de arte por visitar nuestro país en un momento verdaderamente difícil, sin apenas garantías, estriba, sin duda, en ese abanico de posibilidades de negocio que la ocupación napoleónica de Europa había abierto. En todo lugar donde el conflicto bélico estaba presente se asistía a requisas, saqueos y robos que ponían en circulación gran cantidad de objetos artísticos o valiosos que las prisas en la huida, el apresuramiento de soldados y militares de más alta graduación por deshacerse de los botines con rapidez, hicieron las delicias de los marchantes que llenaron sus bolsillos con los restos del pillaje, pero que en algún momento produjeron episodios de auténtico colapso del mercado a causa de la excesiva oferta.

En 1807 el marchante Jean Baptiste Pierre Lebrun (1748-1813) había visitado España y recorrido sus colecciones de arte para comprar obras, acompañado de un personaje que más tarde trataremos, Frédéric Quilliet. A su regreso a París, Lebrun se ocupó de la restauración de todo lo adquirido en España, si bien la mayoría de los que han tratado su figura afirman que la estancia no fue tan provechosa como podía pensar puesto que su viaje se había realizado demasiado pronto, antes de que los ejércitos napoleónicos ocuparan el país y los acontecimientos históricos produjeran la salida al mercado de numerosas obras de arte⁶⁵¹. Evidentemente el conflicto bélico había desencadenado una situación no previsible que invitó a los marchantes a internarse en un país en guerra donde podían surgir nuevas posibilidades de negocio.

649. *Mémoires du Comte Miot de Melito*, op. cit., Tomo III, p. 40. El conde dice que el saqueo de Córdoba fue tanto un error militar como político que se recogió en la *Gazeta de Madrid*, 1808, p. 1.372.

650. *Inventario de los robos hechos por los franceses en los países que han invadido sus exercitos*. Traducido de un papel inglés titulado "Cartas a Alfredo", Madrid, 1808.

651. Las actividades de Lebrun respecto al arte español están muy bien recogidas en el texto de Almudena Ros de Barbero, "El pintor Jean-Baptiste Lebrun (1748-1813), primer marchante francés de pintura española" en *Actas de XI Jornadas de Arte "El Arte Español fuera de España"*, Madrid, Departamento de Arte Diego Velázquez, CSIC, 2003, pp. 291-304.

Los conventos abandonados o con sus ocupantes huidos, fueron los lugares más desprotegidos. En la mayoría de los casos sirvieron para alojar a las tropas, que no dejaron de causar destrozos e incendiar las instalaciones con lo que se perdieron algunos edificios de notable interés artístico. Otros conventos quedaron totalmente arrasados como es el caso de los de Valladolid, que alojaron a las tropas a lo largo de toda la campaña.

2. Reformas urbanas y saqueo

Hay, sin embargo un hecho curioso en esos momentos de forzosa zozobra y es el interés de muchos militares, convertidos en gobernadores militares, por mejorar el estado de las ciudades donde residían. Tanto el mariscal Suchet en Valencia, Thiébauld en Salamanca y Burgos, incluso Soult en Sevilla, pretendieron abrir plazas en los agobiados cascos de las poblaciones y trazar paseos y alamedas que invitaran al disfrute del vecindario. Sus propósitos no hacían sino seguir los ideales ilustrados de extender los buenos hábitos en las poblaciones y completar las obras públicas que fueran necesarias para el beneficio de los ciudadanos.

Citar los proyectos de José Bonaparte para su capital, Madrid, nos llevaría más espacio del que disponemos, pero asuntos como el saneamiento de la ciudad ocupó muchos de los meses que pasó en la población. Junto a la construcción de la gran alcantarilla del Prado y el saneamiento de las conducciones de agua para el aprovisionamiento de la ciudad, José solicitó del veterano Juan de Villanueva un proyecto para remodelar los alrededores del Real Palacio, proyecto que sólo dio lugar a numerosos derribos y que no tomaría cuerpo hasta bien entrado el siglo XIX con un resultado que nada tiene que ver con la idea original de José⁶⁵².

Thiébauld (1769-1846), un militar joven y honorable que llegó a ser gobernador de Castilla la Vieja, defendió en sus memorias la labor de limpieza que había conseguido llevar a cabo en Salamanca, además de haber prohibido el enterramiento en las iglesias en consonancia con las disposiciones dictadas por el Consejo de Castilla en 1799⁶⁵³. En Burgos cuidó de que se realizaran las labores necesarias para el saneamiento del río y de las esguevas y contribuyó al embellecimiento

652. Antigüedad, op. cit., p. 109 y ss. El capítulo "El Madrid Bonapartista" está dedicado a los proyectos emprendidos por el monarca.

653. *Mémoires de General Baron Thiébauld*: publiés sous les auspices de sa fille, Mlle. Claire Thiébauld d'après le manuscrit original, Tomo IV par Fernand Calmettes, Ed. Plon, Nourrit et Cie, Paris, 1893-1895, Tomo IV, p. 493.

del paseo de El Espolón que completó con el monumento que contenía los restos de El Cid y de su esposa Jimena⁶⁵⁴.

En otros casos, los conventos fueron derribados para abrir plazas en los ahogados cascos urbanos, una política urbana que se extendió por todo el país y que fue aplicada, no sólo por el rey José, sino también por los gobernadores militares franceses. No obstante muchos edificios conventuales se vendieron como Bienes Nacionales al mejor postor. Así el general Joseph-Léopold Hugo (1773-1823), comandante de la plaza de Madrid, adquirió el convento de Trinitarios descalzos de la capital y el mariscal Darmagnac (1766-1855), comandante de la plaza de Burgos compró en subasta la Cartuja de Miraflores de la ciudad castellana y se vanagloriaba de la riqueza del conjunto en tierras y obras de arte.

El general Belliard (1769-1832), un militar veterano de mil batallas desde Egipto a Austerlitz, Jena o Erfurt, adquirió Santa María la Real de Nájera, de donde hizo desaparecer las riquezas que lo adornaban lo que no impidió que las tropas pudieran utilizarlo como cuartel y cuadras⁶⁵⁵. Pero en Santa María la Real de Nájera se conservaba el panteón de los reyes de Navarra que también fue expoliado. El panteón de Nájera como otros existentes en diversas poblaciones, San Isidoro de León, Las Huelgas de Burgos, Poblet, etc., sufrieron grandes destrozos y los restos que contenían dispersados, sin duda los saqueadores pensaron encontrar joyas en los ajuares funerarios.

El asesor de José, Miot de Melito, narra en sus *Mémoires* que el 22 de julio de 1812, un momento muy difícil para la estabilidad del rey en el trono, había visitado el monasterio de El Escorial que encontró privado de gran parte de sus cuadros y libros, trasladados todos a Madrid. En su visita descendió al Panteón Real y comprobó que había sido abiertas algunas de las sepulturas, entre ellas las del príncipe Carlos, el desdichado hijo de Felipe II, observando que su momia tenía separada la cabeza del cuerpo⁶⁵⁶.

Es indudable que el conflicto bélico acarreó cuantiosos daños, tanto a causa de los franceses como por los ejércitos anglo-españoles. La labores de defensa con la construcción de fortificaciones no respetaron, en muchos casos, la integridad

654. Anselmo Salvá, *Burgos en la Guerra...*, op. cit., p. 68 y ss. Cristina Borreguero Beltrán, *Burgos en la guerra de la Independencia. Enclave estratégico y ciudad expoliada*, Burgos, Caja Círculo, 2007, pp. 136 y ss. La autora sigue el texto de Salvá que completa con otras aportaciones para describir los proyectos de Thiébauld.

655. Francisco Fernández Pardo, "Ruina y abandono en torno al Monasterio de Santa María la Real de Nájera", Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, *Berceo*, nº 126, 1994, pp. 7-16.

656. *Mémoires* du Comte Miot de Melito, op. cit., pp. 227-228. Las observaciones del asesor de José pueden insertarse en la curiosidad por los mitos románticos y el del príncipe Carlos tendrá más tarde fortuna. Es una situación parecida a la que se produce en Burgos con la figura de El Cid al que Thiébauld convierte en héroe romántico.

de las ciudades, que unidas a los efectos de las bombas acabaron con numerosos conjuntos de los que no se exceptuaron la misma Alhambra de Granada donde el general Sebastiani hizo volar la puerta de Siete Suelos y las dos torres contiguas. También cayó en Madrid la fábrica de porcelanas del Buen Retiro, “La china”, ante los ataques del general inglés Hill, y sufrió graves destrozos la fábrica de tejidos de Pastrana, por no citar el incendio de San Sebastián a manos de los ingleses en 1813. Hecho memorable fue la voladura del castillo de Burgos el 13 de junio de 1813 por los mismos franceses que habían reforzado sus defensas; el avance de las tropas angloespañolas les forzó a minarlo y hacer que saltara por los aires, ocasionando grandes destrucciones en el caserío burgalés y en sus iglesias y conventos⁶⁵⁷. En 1838 se publicó en Londres la colección de grabados de George Vivian: *Spanish Scenery* en los que la estampa número X recuerda aún estos hechos, lleva una leyenda que explica que la vista de Burgos está realizada desde la ribera del río Arlanzón y puede verse la ciudadela y las obras de los franceses que están en ruinas⁶⁵⁸.

Para resumir, puede decirse que prácticamente la mayoría de los establecimientos religiosos sufrieron daños en mayor o menor medida y que algunos fueron derribados para siempre.

3. Episodios de pillaje

En la ocupación de las ciudades menudearon los asaltos y el robo de cálices, custodias y ajuares litúrgicos adornados con gemas que se convirtieron en una constante durante los años de la guerra. El mismo Goya representa en uno de sus grabados de los Desastres de la Guerra, “Así sucedió”, al soldado que huye cargado de objetos litúrgicos de metales preciosos después de dar muerte a su custodio. Además de que pudieran servir para pagar las contribuciones que imponían los dos ejércitos, el gobierno de José trató de recaudar plata y oro de los conventos e iglesias para la fabricación de dinero metálico.

Los militares tuvieron la ocasión de hacerse con buenos botines que no respetaron los relicarios, los tesoros de las Vírgenes más veneradas, ni las custodias procesionales. Entre las piezas de notable interés artístico, además de valor económico, están las joyas del relicario del Pilar de Zaragoza que fueron saqueadas por el general Lannes, duque de Montebello, por Junot e incluso por el mariscal Suchet. También desaparecieron, troceadas, fundidas o martilleadas la custodia procesional de Enrique de Arfe de la catedral de León o la muy alabada

657. Cristina Borreguero Beltrán, *Burgos en la guerra de la Independencia. Enclave estratégico y ciudad expoliada*, Burgos, Caja Círculo, 2007, pp. 185-186.

658. George Vivian, *Spanish Scenery*, Londres, Ed. De Colnaghi and Cia, 1838.



Figura 2. *Francisco de Goya: Así sucedió.*
Grabado número 47 de Los desastres de la Guerra.

custodia de Cuenca debida a Francisco Becerril, de la que en pleno siglo XX se han identificado algunos fragmentos en Inglaterra⁶⁵⁹.

Lo cierto es que la situación debió ser tan alarmante que el gobierno el 12 de septiembre de 1809 prohibió la extracción de oro, plata y alhajas y se ordenó la confiscación de lo que se hubiera ocultado perteneciente a conventos o particulares. Pero como toda medida tenía su contrapartida, en el mismo decreto se señalaba que estaban exceptuados de su cumplimiento los miembros del ejército, que podían haber traído de Francia algunas joyas para su uso personal⁶⁶⁰. El Gobierno, por su parte ya había tratado de que la plata de los conventos sirviera para fabricar moneda, escasa en esos momentos, aunque las dificultades casi imposibilitaron que la medida se pudiera llevar a efecto.

Las medidas del rey José, como en otras ocasiones, eran tímidas y tardías porque el mismo asesor de José, Miot de Mérito, recuerda en sus memorias que el mariscal Massena, duque de Rivoli, había advertido en una carta al monarca el

659. Todos estos episodios son narrados en la monumental y desigual obra de Francisco Fernández Pardo, *Dispersión y destrucción del patrimonio artístico español. (1808-1814) Guerra de la Independencia*, Madrid, 2007, pp. 95 y ss.

660. Publicado en la *Gazeta de Madrid*, 14 de septiembre de 1809. Todas estas medidas están recogidas en Antigüedad, *El patrimonio artístico de Madrid durante el Gobierno Intruso (1808-1813)*, Madrid, UNED, 1999, pp. 52-53.

4 de agosto de 1810 que “el robo y el bandidaje había llegado a los mayores excesos”. Massena decía también, que no existían ni los medios ni la esperanza de poner fin a esta situación, que sufría impotente y deseaba abandonar un país tan desgraciado, renunciando al mando que le hacía testigo de situaciones escandalosas a las que no podía poner término⁶⁶¹.

Estos hechos provocaron en la población un rechazo total hacia el monarca, puesto que los militares napoleónicos actuaron con total independencia de las órdenes que desde Madrid pudiera dictar José. Napoleón jamás dio la oportunidad a su hermano de poder actuar como un verdadero gobernante preocupado por la suerte de sus gobernados; esta estrategia se consolidó con la creación de Gobiernos Militares en las provincias del norte y la anexión de Cataluña al Imperio Francés en 1812.

4. El museo, utopía artística

En medio de este clima bélico el 20 de diciembre de 1809, el rey José creaba un Museo de Pinturas en Madrid, donde deberían estar representadas las diferentes escuelas españolas y que se formaría con cuadros procedentes de los conventos suprimidos. Con este fin se vaciaron conventos, palacios e incluso el Monasterio de El Escorial, además de traerse cuadros de Andalucía⁶⁶².

El denominado museo Josefino se inspiraba en el Museo Napoleón de París y era la culminación de los ideales, no sólo del rey, sino de los ilustrados que componían su gobierno puesto que pretendía aplicar las nuevas ideas que sobre coleccionismo existían en esos momentos en Europa. Podría haber sido el primer museo público de España si las circunstancias hubieran sido otras, sólo se tradujo en la formación de almacenes en los que las pinturas y esculturas se acumulaban y también se degradaban por las penosas condiciones de conservación.

Existió la idea de destinar diversos conventos a Museo, aunque el último de los decretos señaló el palacio de Buenavista, que había sido propiedad de la duquesa de Alba, luego regalado a Godoy, como sede con más prestancia para acoger la galería. La realidad era que el palacio estaba sin terminar y carecía de una entrada y escalera apropiadas. Su destino final fue acoger cuadros llegados del palacio del Buen Retiro y algunas esculturas antiguas.

El decreto de fundación del Museo de Pintura contemplaba también la reunión de una serie de cuadros de escuela española para regalar al emperador

661. *Mémoires du Comte Miot de Melito*, op. cit., Tomo III, p. 150.

662. Sobre estos temas sigue lo ya expuesto en mi libro *El patrimonio artístico de Madrid durante el Gobierno Intruso (1808-1813)*, en su capítulo 5 “Una utopía artística: el Museo Josefino”.

francés, Napoleón, como muestra de agradecimiento y para estrechar los lazos entre España y Francia.

El museo madrileño no iba a ser el único que se pensaba inaugurar en España, sino que un Real Decreto de 11 de febrero de 1810 ordenaba preparar algunas salas del Alcázar de Sevilla como museo adjunto a la residencia real, donde se expusieran monumentos arquitectónicos, medallas y pinturas de la escuela sevillana. Llegó a tener, según Gómez Imaz, las cuarenta y tres pinturas más relevantes de Murillo. También se planificó fundar un museo en el Palacio de Carlos V en Granada, aunque también de Granada se elegirían obras de arte para el museo Josefino⁶⁶³.

Mientras en Madrid Frédéric Quilliet, una mezcla de marchante, tratante y aventurero, fue nombrado comisario de Bellas Artes del rey José y el 17 de enero de 1810 Agregado Artístico del ejército de Andalucía. Su idea era formar una galería que no sólo expusiera cuadros, sino que exhibiera estatuas y antigüedades de los que tan bien nutridas estaban las colecciones reales, además de las piezas que pudieran salir en las excavaciones en Itálica que el rey José tenía intención de sufragar. Quilliet hizo llevar a Madrid la mayoría de las obras del monasterio de El Escorial que más tarde sirvieron para regalos a los generales del Imperio.

No obstante la actuación de Quilliet atrajo con prontitud la atención de sus colaboradores como responsable de la desaparición de cuadros y de obscuras transacciones con particulares. Por estos motivos en julio de 1810 se le abre un expediente para el que declararon restauradores de pinturas como Manuel Palomino quien afirmó que Quilliet comerciaba con las pinturas que tenía a su cargo y pedía a los ayudantes que borrasen los números y señas de identificación de los cuadros de las colecciones reales⁶⁶⁴.

El museo Josefino no prosperó a pesar de que algunos personajes como el pintor y restaurador Manuel Nápoli actuaron con mayor altura de miras; su propósito es que el rey tuviera una galería de que enorgullecerse que muy bien podía formarse con los cuadros de los conventos, aunque consideraba que lo reunido para este fin tenía poca calidad mientras que reportaba grandes beneficios a los particulares según fue exponiendo en diferentes cartas al ministro, Marqués de Almenara.

663. Los cuadros y objetos artísticos que se seleccionan para formar parte del Museo Josefino dieron lugar a un contencioso entre el Cabildo de la catedral granadina y el Ministro Marqués de Almenara, debate que recogí en mi artículo "Un pleito artístico: Granada y el Museo Josefino", *Espacio, Tiempo y Forma*, nº 2, 1988, pp. 259-285.

664. El expediente se encuentra en el Archivo Histórico Nacional, Sección Consejos, legajo 17787. Publiqué los resultados de la investigación a Quilliet en *El patrimonio artístico de Madrid durante el Gobierno Intruso (1808-1813)*, pp. 166-167.

La desordenada situación de España, dio lugar a la aparición de tratantes, marchantes de arte, que actuaron de intermediarios en suculentas ventas. La desprotección de las obras de arte sacadas de los conventos y de las colecciones privadas incautadas abrió un mercado desconocido a los coleccionistas extranjeros, que no dejaron de aprovechar tan excelente oportunidad de conseguir pintura española, por la que se había comenzado a sentir un creciente interés en Europa. Es importante señalar que fue Isabel de Farnesio, esposa de Felipe V, quien puso de moda a Murillo y adquirió muchas de las obras del sevillano para que sirvieran de ornato en el Palacio de La Granja; la mayoría están hoy colgadas en el Museo del Prado. No obstante, antes de la llegada de los franceses el Deán de la Catedral de Sevilla, Cepero, ya había vendido dos obras de Murillo al Ministro Plenipotenciario inglés, John Hookam Frere.

El marchante escocés, William Buchanan dice en sus memorias publicadas en Londres en 1824, que poseía una red de agentes repartidos por Europa. España era la oportunidad de comprar pintura italiana más barata que en Italia. Por ello encargó a Irving las compras en Italia, él mismo se ocupaba de hacer compras en Francia, Flandes y Holanda, mientras que envió al pintor G.A. Wallis a España⁶⁶⁵.

Si, por una parte, la creación del museo parecía la oportunidad de dar a conocer y proteger el patrimonio artístico español, por otra, fue la causa de una notable pérdida de obras de arte, dada la irregular situación política en que se gestó.

5. Recompensas y dispersión del patrimonio

El mismo 20 de diciembre de 1809, otro decreto ordenaba que de los cuadros desechados para su exhibición en el museo, se eligiesen cien para recompensas y el resto se vendieran como bienes nacionales. Aunque la prensa de aquellos días inserta algunos anuncios de venta de lienzos nacionales, debió de ser escaso el interés de estas ventas entre los nobles españoles, los posibles compradores, ya que la mayoría se había exiliado y sus propiedades intervenidas por traidores al rey José y a Napoleón. No supuso lo mismo para los marchantes extranjeros que operaban en el país quienes con operaciones legales o a través del comercio encubierto, que también existía, realizaron jugosas operaciones. Hay constancia de las actuaciones del enviado por Buchanan, Wallis en Madrid, donde entabló relación con Frédéric Quilliet, flamante “Directeur des Monuments d’art en Espagne”, quien fue apartado de su cargo bajo la sospecha de tráfico ilegal de obras de arte. “La Venus del Espejo” de Velázquez,

665. W. Buchanan, *Memoirs of Painting with a chronological History of the Importation of Pictures by the Great Masters into England since the French Revolution*, Londres, printed for Ackermann, Strand, 1824, Vol. II, pp. 203 y ss.

que perteneció a la colección de Godoy acabó en Inglaterra, sin duda merced a los negocios de Wallis y Quilliet⁶⁶⁶.

En esos años se siguió una política de premiar con pinturas de calidad a los militares destacados, como una forma de ganarse su favor, lo que no resulta extraño a estos militares franceses que habían reunido una buena colección de piezas artísticas en las sucesivas campañas por Europa.

En tres decretos sucesivos (27 de diciembre de 1809 y 4 y 6 de enero de 1810) se regalaron seis cuadros al Mariscal Soult, duque de Dalmacia; tres al general Sebastiani y otros tres al general Dessolle “como testimonio particular de nuestra satisfacción por los servicios que nos han hecho”, la misma justificación en los tres decretos. El destino final de las obras regaladas revela el itinerario de la dispersión.



Figura 3: *Diego Velázquez: Venus del Espejo.*
National Gallery, Londres, Inv. 2057

Al duque de Dalmacia se le concedieron seis excelentes pinturas de las reunidas en el madrileño convento del Rosario de Madrid, que se había convertido

⁶⁶⁶. Sobre la colección de Godoy es imprescindible la consulta de Isadora Rose Wagner de Viejo, *Manuel Godoy, patrón de las Artes y coleccionista*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense, 2 tomos, 1983.

en depósito de los cuadros enajenados a las comunidades religiosas; eran “Abraham y los ángeles” (en la actualidad pertenece a National Gallery de Dublín) de Navarrete el Mudo, “Jesús con la cruz a cuestas” de Sebastián del Piombo (hoy en el Museo del Hermitage), “Santa Irene y San Sebastián” (Hermitage) de Ribera, “la Virgen y San Juan” de Guido Reni, “San Jerónimo” de Van Dyck y “El oro del César” de Tiziano (hoy en la National Gallery de Londres). Todos procedían del monasterio de El Escorial, excepto el de Reni que había llegado de Sevilla.

Al general Sebastiani se le dieron también del depósito del Rosario: “La mujer adúltera” de Van Dyck, “La Sagrada Familia” de Bordone, “La Virgen y Jesús” de Tiziano (procedía de El Escorial y hoy está en la Alte Pinakothek de Munich).

El general Desolles recibió del convento del Rosario: “Retrato de Felipe IV” de Velázquez (National Gallery de Londres), “Dos Evangelistas” de Ribera, “San José y Jesús” de Guido Reni (Hermitage, los tres procedían de El Escorial).



Figura 4: *José de Ribera: San Sebastián curado por Santa Irene.*
Museo del Hermitage, St. Peteresburg

También otros militares de alta graduación recibieron regalos de José y en concreto Mathieu-Faviers, intendente general de los ejércitos, recibió una “Virgen con el Niño” de Murillo⁶⁶⁷. Fue también obsequiado por el rey el mariscal Darmagnac, gobernador militar de Burgos con cuadros que procedían de la colección real, varias obras de Luca Giordano perfectamente identificadas como pertenecientes al Real Palacio⁶⁶⁸.

Vemos que en todas estas recompensas predomina la pintura italiana y flamenca, que tiene una mayor valoración en esos momentos, con la excepción de Ribera, considerado en buena medida un pintor italiano y cuyas pinturas fueron muy buscadas en todo el siglo XVIII y Murillo que atraía desde años antes la atención de los coleccionistas europeos.

Estos cuadros salieron de España una vez que sus propietarios consiguieron la guía necesaria para su exportación, ya que un decreto del 1 de agosto de 1810 prohibía la exportación de pinturas bajo la pena de confiscación y de una multa igual al valor de los objetos confiscados.

Desde la Academia de Nobles Artes de San Fernando se había alertado de los peligros a los que estaba expuesta la riqueza artística del país y la necesidad de que el gobierno arbitrara medidas que impidieran la salida masiva de cuadros. En una reunión de la Academia se comenta la situación con unas palabras que son realmente esclarecedoras:

*“Nunca se han extraído tantas pinturas en excesivo escandaloso número como en la presente época y se continuará. La guerra que nos hicieron los ingleses en esta línea como en la económica, política y naval, fue muy tenue en comparación de la que experimentamos ahora de parte de los franceses en cuanto a Bellas Artes, que feos nos van dejando en esta línea”.*⁶⁶⁹

A pesar de las leyes restrictivas, el tráfico de obras de arte debió ser escandaloso, prueba de ello son las notables colecciones de pintura que los militares franceses lograron reunir.

El Mariscal Soult, duque de Dalmatie, alcanzó gran notoriedad en Sevilla por su falta de escrúpulos para conseguir cuadros de calidad que una vez habían salido de España, pasaron a adornar su residencia en París y su castillo de Soulberg. A su muerte dejó una colección extraordinaria, que salió a la venta en París en 1852.

667. Sobre lo recibido por el intendente y lo conseguido por otros medios la cita en Ilse Hempel Lipschutz, *La pintura española y los románticos franceses*, Madrid, Taurus, 1988, pp. 61 y ss. Mathieu consiguió reunir una bella colección que se vendió a su muerte y que contenía nueve obras de Murillo; la mayor parte de las pinturas no habían sido regalos.

668. *Vide* la obra de Gerard Powell, op. cit., p. 310.

669. A.R.A.S.E, leg. 1-34/2.

Ignacio Cano dice que en la venta de la colección Soult se ofrecieron 109 pinturas españolas, setenta y ocho de las cuales eran de la escuela sevillana, entre ellas quince de Murillo, quince de Zurbarán y siete de Alonso Cano, además de obras de Herrera y otros artistas no menos relevantes⁶⁷⁰. Entre los Zurbaranes que habían salido de Sevilla, destacaban: “San Buenaventura en el Concilio de Lyon” (hoy en el Louvre) procedentes del Colegio de San Buenaventura; la “Santa Águeda” del convento de la Merced Calzada (hoy Museo Fabre de Montpellier); del Colegio de San Alberto del Carmen Calzado salieron el “San Pedro Tomás” y el “Beato Cirilo” que hoy pertenecen al Museum of Fine Art de Boston. No hay que olvidar la preciosa “Santa Apolonia” del convento de San José de la Merced Descalza, hoy en el Louvre.

Los Murillos conseguidos por el Mariscal eran realmente notables, es imposible no citar “El nacimiento de la Virgen” procedente de la catedral de Sevilla, hoy en el Louvre sobre el que se ha especulado que fuera un regalo que el mariscal recibió del Cabildo. Del Hospital de la Caridad: salieron “La Curación del Paralítico” (Londres National Gallery), “Regreso del Hijo Pródigo” (National Gallery de Washington), “Liberación de San Pedro” (Museo del Hermitage, después de comprarlo el Zar). Otros procedían del Claustro Chico de San Francisco como el monumental “San Diego y la cocina de los ángeles” que en 1810 vendió al Louvre por 85.000 francos.



Figura 5: Bartolomé E. Murillo: *Liberación de San Pedro*.
Museo del Hermitage, St. Petersburg

670. Ignacio Cano Rivero, “Seville’s Artistic Heritage during the French Occupation” en Gary TINTEROW et alli.: *Manet-Velázquez: The French Taste for Spanish Painting*, New York, The Metropolitan Museum of Art, 2003, pp. 93-113.

El general Sebastiani obtuvo licencia para transportar a Francia las tres pinturas recibidas y algunas más que había comprado, justificándose al hacer la petición en que la medida que prohibía la exportación de pinturas se dirigía a los que pretendían comerciar con ellas. Sebastiani no sólo debió sacar los cuadros citados, sino algunos muy notables, suponemos que conseguidos no con medios lícitos, pues entre ellos estaba “el Socorro de Génova por el Marqués de Santa Cruz” de Antonio de Pereda que pertenecía a la serie de batallas pintadas para el Salón de Reinos del palacio del Buen Retiro (hoy de nuevo en el Prado), y el “Triunfo de la Eucaristía” de Pedro Pablo Rubens; uno de los cartones para los tapices del convento de las Descalzas Reales de Madrid, que estaba en el convento de las Carmelitas de Loeches (Madrid).

Proceden de Sevilla y de mano de Murillo el “Santo Tomás de Villanueva y el tullido” del retablo de Santo Tomás de Villanueva de San Agustín de Sevilla que vende en París en 1815 por 20.000 francos a Luis de Baviera (hoy en la Alte Pinakothek de Munich). Pero Sebastiani también era responsable de haber conseguido sustanciosos botines en los saqueos de Granada y Málaga. En 1811 fue interceptada en el mar y llevada a Argel una goleta que supuestamente transportaba dos cajones con pinturas expoliadas por Sebastiani en Málaga y que se llevaban a Marsella. Acontecimientos como estos nos reflejan la realidad de la ocupación y la magnitud del expolio pero también la desidia y los escasos escrúpulos de los responsables de la protección de estos bienes que en ocasiones como ésta pretendieron sacar provecho de la descoordinación existente⁶⁷¹.

El general Dessolles conservó hasta su muerte los cuadros que había recibido, entre ellos el retrato de Felipe IV por Velázquez que procedía de la biblioteca de El Escorial, un cuadro que la hija del general vendió tras su fallecimiento. Después de pasar por varios propietarios, en 1882 fue adquirido por la National Gallery de Londres.

Pero éstos no fueron casos aislados. Desde el lado inglés, está bien documentado el regalo que el intendente de Segovia, D. Ramón Luis Escobedo, fiel a la causa de Fernando VII, hizo a Lord Wellington, quien mandaba las tropas inglesas que luchaban en España. Escobedo dejó elegir a Wellington 12 pinturas del palacio de San Ildefonso que se embalaron en tres cajones y se remitieron a Londres, entre ellas destacan una cabeza de “San José” de Guido Reni, en la actualidad en la colección Wellington de Apsley House de Londres. El resto eran obras atribuidas, bien a Murillo o a artistas italianos de renombre⁶⁷².

671. Los avatares de los cuadros de Sebastiani se recogen en el documentado artículo de Juan Bautista Vilar, “El rescate en Argel en 1810 de setenta y cinco obras de arte procedentes del saqueo de Málaga y reino de Granada por el general Sebastiani”, *Boletín de Arte de la Universidad de Málaga*, nº 17, 1996, pp. 57-73.

672. Angel Aterido et alli., *Colecciones de pinturas de Felipe V e Isabel de Farnesio*, Madrid, Fundación de Apoyo a la Historia del Arte Hispánico, 2004, p. 310.

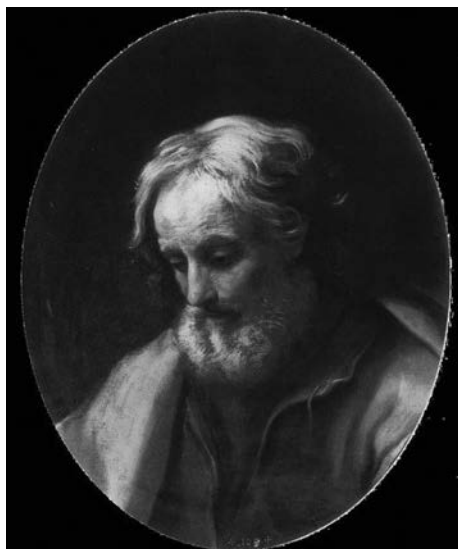


Figura 6: *Guido Reni: Cabeza de San José.*
Wellington Museum, Apsley House,
Londres, Inv. 146

La situación del comercio de arte debió ser tan escandalosa que el mismo embajador francés, conde La Forest, persona no precisamente adicta a José, dice en sus memorias, el 28 de agosto de 1810, que el decreto de 1 de agosto, prohibiendo la exportación de pinturas, era una medida tardía. Opinaba que, después de la entrada de las tropas francesas en Madrid, en diciembre de 1809, se habían hecho muchos envíos de cuadros a Francia y que el rey estaba informado por sus comisarios en Andalucía de que algunos se aprovechaban de la supresión de conventos en esa región para hacer acopio de obras de arte y había querido obstaculizar su transporte hacia los Pirineos.

El conde de Toreno escribe en su *Historia del Levantamiento, guerra y revolución en España*, que el general Murat, duque de Berg gustaba de las pinturas italianas y flamencas y que no dudó en llevarse de los palacios madrileños “La escuela del Amor” de Correggio que pertenecía a la colección incautada de Godoy, también “La Sagrada Familia” del mismo autor de la colección del Palacio Real.

El general Belliard es el protagonista de una historia similar, en este caso se refiere a “El mercader Arnolfini y su esposa” de Jan Van Eyck que en el inventario del Real Palacio de Madrid de 1811 consta que estaba colgada en el gabinete del rey. Después de pasar por circunstancias poco claras, en 1852 fue adquirido por la National Gallery de Londres.

Bien documentada está la actuación del Mariscal Darmagnac, Gobernador militar de Burgos de quien se sabe que sacó del depósito formado en el convento de San Jerónimo de Burgos, ante la impotencia de su custodio, César Gutiérrez de Arce, catorce cuadros considerados de mérito según los testimonios de Bosarte y Ponz en su *Viage de España*.

Darmagnac puso a buen recaudo su botín en Francia en un breve viaje en 1809. La obra más notable que recogió es, sin duda, el tríptico de la vida de la Virgen o tríptico de Miraflores, obra de Roger van der Weyden, el altar portátil que Juan II de Castilla regaló a la Cartuja de Miraflores y en cuya sacristía lo vio Ponz. Fue vendida por el general en vida a Christie's de Londres y adquiridas por Guillermo II de Holanda; desde 1850 está depositada en el Staatliche Museum de Berlín⁶⁷³. Lo realmente curioso de las actividades del general lo constituye el gusto por los llamados primitivos, mientras que otros militares de su rango buscan pinturas italianas o bien obras de Murillo, Darmagnac está interesado por esas obras supuestamente desconocidas o poco documentadas sobre tabla y "al estilo de Durero" como la preciosa "Virgen de Jacques Floreins" de Memling que de la iglesia de San Román de Burgos llegó a las manos del general.

6. Expolios de última hora

Sin duda, el tema que ha llenado más expedientes en esos años, es el regalo de cuadros españoles a Napoleón. Con independencia de que la idea hubiera partido del mismo emperador o del director de su Museo, Dominique Vivant-Denon, hay un hecho cierto y es el de considerar el regalo de pinturas u otras obras artísticas españolas para el Museo Napoleón como una contribución de un país conquistado al conquistador. Desde que Napoleón comenzó sus campañas, los objetos artísticos eran el botín de los ejércitos, los trofeos que en París se recibían con todos los honores: no sólo se conquistaban los países, sino su historia y su cultura a fin de que sirvieran de modelos de la civilización occidental. El mismo Napoleón extendió la idea, de que al margen de la humillación que los países conquistados pudieran sufrir por el expolio generalizado, era importante llevar a París objetos artísticos procedentes de los países ocupados para depositarlos en el Museo Napoleón. Como bien dejó claro en un discurso ante el Directorio "La República Francesa, por su fuerza, la superioridad de su luz y de sus artistas,

673. María Dolores Antigüedad, "Arte y coleccionismo en Burgos durante la ocupación francesa". *Espacio, Tiempo y Forma*, serie VII, H^o del Arte, t. 2, 1989, pp. 329-342

es el único país del mundo que puede proporcionar un asilo inviolable a estas obras maestras”.

Cuando el emperador vino a España, a finales de 1808, para afianzar en el trono a su hermano José, dado lo precario de su situación, traía en su séquito a Dominique Vivant, barón Denon, director del Museo Napoleón y experto en cuestiones artísticas, que le animó a aprovechar el que José ciñese la corona de España para conseguir una buena colección de pintura española.

Una vez que el decreto de fundación del Museo Josefino señaló que el emperador iba a ser obsequiado con cincuenta cuadros de artistas españoles, Frédéric Quilliet asume las tareas de selección de las pinturas adecuadas y vuela a su interés en conseguirlas⁶⁷⁴.

Los cincuenta cuadros elegidos por Quilliet destacan por su calidad, pero es significativo el hecho de que la mitad de los lienzos sean de propiedad real, algunos de la colección de Godoy, otros de El Escorial y muy pocos de los conventos suprimidos.

Del Palacio Real de entre los veinticinco señalados destacan “La cacería en el Pardo” de Velázquez (en 1819 Fernando VII se la regaló a Lord Wellesley hoy es propiedad de la National Gallery de Londres). Del Palacio de Buenavista que se había convertido en un depósito, eligió nueve: “La Cena” de Bartolomé Carducho y “Auto de Fe” de Rizzi, ambos procedentes del Palacio del Buen Retiro (Prado). Del palacio del Príncipe de la Paz seleccionó cinco, entre los que estaban el “Descendimiento de Cristo” de Antonio de Pereda (Museo Bellas Artes de Marsella). Sólo eligió once cuadros del enorme depósito del convento del Rosario, donde se guardaban las colecciones de los conventos suprimidos, casi todos excepto dos de Zurbarán traídos de Sevilla “La batalla de Jerez” y “La invocación a la Virgen”, eran del Monasterio de El Escorial, entre ellos “Los Hijos de Jacob” de Velázquez.

Diversos avatares apartaron a Quilliet de su cometido, bajo las sospechas de robo y a él se atribuye la desaparición del “Descendimiento” de Pereda. Lo cierto es que el regalo se fue posponiendo y mientras se creó una nueva comisión integrada por el pintor de cámara Mariano Maella, Manuel Napoli, restaurador del museo y Francisco de Goya. La selección de los cuadros para el regalo varió en los criterios, señalando el rey que desaparecieran los procedentes de sus palacios.

674. Todo lo referente al regalo a Napoleón en mi libro ya citado *El patrimonio artístico de Madrid durante el Gobierno Intruso...*, pp. 191 y ss.

En 1813 y cuando la corte había partido a Valladolid, una vez que José abandonó Madrid para nunca más regresar, se agilizó el envío del regalo sin duda pensando que ello ablandaría el ánimo del Emperador en su apoyo al mantenimiento de su hermano en el trono de España, una vez que la situación era desesperada y la guerra prácticamente perdida. El 26 de mayo de 1813 salieron hacia Francia seis cajones con los cincuenta cuadros para Napoleón.

Entre lo mandado a Francia estaban dos batallas del Salón de Reinos de Buen Retiro, “La toma de Brasil” de Juan Bautista Mayno, cuatro lienzos de Juan Martín Cabezalero de la Venerable Orden Tercera de Madrid, que no se consideraban de calidad; varios Riberas; “Los Hijos de Jacob” de Velázquez, y lienzos de Claudio Coello, Navarrete el Mudo y Rizzi, dos de Alonso Cano; un Zurbarán “Aparición de la Virgen en la batalla de Jerez”; obras de Collantes, Carducho, Carreño de Miranda, Herrera el Viejo, Pereda, Luis de Cárdenas o Mateo Cerezo. En la selección de última hora que hicieron Goya, Maella y Nápoli desaparecieron obras más relevantes que las que se embalaron para París; sin duda la esperanza que había nacido sobre el pronto final de las hostilidades, animó a los artistas a “escamotear” pinturas importantes que fueron sustituidas por otras de segunda fila.

Hay ocho cuadros de Murillo que llegaron a Madrid desde Sevilla que no estaban entre los regalados a Napoleón, pero que, sin embargo, también pasaron a Francia, son obras del Hospital de los Venerables y del Hospital de la Caridad de Sevilla.

El ocaso de Napoleón fue también el fin del gobierno de José en España. La necesidad de abandonar el país ante el avance de las tropas anglo españolas condujo al desenlace en la batalla de Vitoria. Allí el convoy que se había formado en Madrid encontró su destino final con la exposición de todos los tesoros sacados de los palacios reales, joyas, mobiliario y caudales a la rapacidad de las tropas inglesas.

La desastrosa campaña bélica dejaba sobre el terreno cuantiosas preciosidades que se prestaron al pillaje y al saqueo, pero se salvó una buena colección de pinturas, que tomadas por los ingleses llegaron a Apsley House, residencia de Lord Wellington, donde quedaron como regalo de Fernando VII una vez que el repuesto monarca hiciera llevar al inglés una misiva en la que decía: “Su majestad conmovido, por su delicadeza no desea privar a vuestra excelencia de lo que ha venido a su posesión por medios tan justos como honorables”.

En el inesperado regalo menudeaban las obras que con anterioridad adornaban el Real Palacio, “La torre de Babel” de Brueghel, “La Sagrada Familia” de Rubens, “La Oración en el Huerto” de Correggio, “La Virgen y el Niño” de Julio Romano y una infinidad de bellas obras que nunca volvieron a España. Todas ellas habían sido seleccionadas por José Bonaparte como parte de su colección personal y eran una muestra de su gusto artístico.

Pero, por otros conductos llegó a París el regalo de Napoleón y muchas otras pinturas que pudieron atravesar la frontera y que se expusieron algún tiempo en el Museo del Louvre.

De la recolección de última hora no habían sido excepción piezas de singular importancia por lo que tienen de simbólico dentro de las colecciones reales. En especial cinco pinturas de Rafael que contenía la colección real: “La Virgen del Pez”, “La Virgen del Roble”, “La Sagrada Familia” denominada “la Perla”, “La Visitación” y “El Pasma de Sicilia” o “Camino del Calvario”, además de las tres obras de Tiziano de las seis que formaban parte de las pinturas de la Sala Reservada de la Academia y que José eligió y solicitó se llevasen a Palacio en 1809, son: “La Venus dormida”, “Venus recreándose en la música” y “Dánae recibiendo la lluvia de oro”. También salieron las piezas que integraban las Joyas del Delfín, el regalo que Felipe V recibió de su padre, el Delfín de Francia.

Después del Congreso de Viena, tras la caída de Napoleón fueron devueltas a España las pinturas del regalo, además de documentos del archivo de Simancas, del de la Corona de Aragón, materiales científicos y las Joyas del Delfín. Además de los cincuenta cuadros del regalo de Napoleón, llegaron cuatro de Zurbarán y Murillo de los que Sault se había llevado de Sevilla.

Más suerte hubo con los cinco cuadros de Rafael: El Pasma de Sicilia, la Virgen del Pez, la Visitación, la Virgen de la Perla y La Virgen del Roble que volvieron restaurados y pasados de tabla a lienzo por el experto Bonnemaison.

En total parece probable que, según los diferentes estudios, regresaron 284 cuadros y 108 objetos diversos que fueron retornados a sus legítimos propietarios, pero nada se pudo hacer para recuperar las recompensas a los generales. Algunos de ellos se aprestaron a vender cuadros según llegaron a Francia, en parte ante el temor de que les fueran requisados. El general Belliard se deshizo del Rubens que había tomado del convento de Loeches y lo mismo debió suceder con el “Matrimonio Arnolfini” de Jan Van Eyck que debió sacar a última hora del Palacio Real de Madrid. Otros militares fueron vendiendo sus botines según la situación económica lo exigía, en algunos casos la saturación del mercado les impidió conseguir los precios que deseaban, cosa que años después aprovecharon sus herederos cuando la situación era otra y el mercado artístico floreciente.

En 1814, una vez que hubo renunciado al trono de España, José Bonaparte escribió a quien había sido su Ministro del Interior, el Marqués de Almenara, comunicándole su intención de devolver lo sacado de España a sus propietarios,

cuadros que había cuidado de ocultar a su hermano Napoleón⁶⁷⁵. Las crónicas nos dicen que una buena parte de lo que había salido de España, acompañó a José en su “exilio” americano. El mito del “Equipaje” aún sigue acompañando a José Bonaparte.

675. La información no ha sido debidamente contrastada y las notas remitidas a Almenara han sido citadas por Lipschutz, op. cit., p. 70, se basa en los datos que proporcionó Pedro Beroqui en 1931 en el Boletín de la Sociedad Española de Excursiones.